

### INTRODUCCIÓN

En este apartado se recoge una selección de los restos no cerámicos que por su singularidad dentro del registro recuperado, creemos es interesante hacer mención. El catálogo de piezas es muy amplio; no obstante, por razones de espacio vamos a referir aquellas que son más destacables. Tipológicamente se trata de objetos, tanto simples como compuestos, que en la mayoría de los casos están destinados al adorno personal, aunque también se han documentado otros fines (de carácter funcional o económico; por el momento están ausentes los que puedan tener un carácter religioso, como los ídolos). Los materiales empleados en su fabricación son diversos; sin embargo, destacan por su frecuencia la piedra pulimentada, la fauna, la malacofauna y el metal. Como es lógico, algunos de estos materiales son prácticamente exclusivos del periodo neolítico, como es el caso de la piedra pulimentada y la malacofauna; por el contrario conforme nos adentramos en periodos históricos, estos mismos productos tienden a desaparecer. Junto a la piedra, el metal es el material no cerámico más común a partir del periodo ibérico, siendo el hierro y el bronce las opciones empleadas en la mayor parte de las situaciones.

El rango cronológico de las piezas reproduce todo el espectro cultural que se ha documentado en las intervenciones llevadas a cabo, sin bien conviene subrayar cómo han sido los horizontes neolítico e ibérico los que más restos ha aportado en este sentido. Por último, mencionar que la pretensión de estas líneas es tan solo dar a conocer, a través de una breve presentación, un conjunto de piezas que en el futuro serán objeto de un estudio exhaustivo en el que se analizaran otros factores que en estos momentos sólo podemos esbozar.

### PERIODO NEOLÍTICO

En el yacimiento neolítico de Costamar se ha recuperado un importante grupo de materiales que se integran dentro de lo que podríamos denominar objetos de ornamento personal. Entre todos ellos, la malacología trabajada ha sido el material más usado, en ocasiones cambiando apenas la morfología natural de la pieza de origen. Siguiendo los trabajos Josep Lluís Pascual-Benito (1998) al respecto, los moluscos recuperados, con diferente tamaño, hasta este momento pertenecen a tres clases: gasterópodos, bivalvos y escafópodos.

Los primeros son conchas univalvas que tienen una forma cónico-helicoidal en torno a un eje interno que le da una torsión en espiral muy característica. La mayor parte de los ejemplos recuperados en este yacimiento pertenecen a la familia *cancellaridae*, y a especies como la *Columbella rustica* y *Conus mediterraneus*.

Los bivalvos son moluscos formados por dos valvas que se separan tras la muerte del animal. Existen ejemplares completos recuperados en la intervención de Costamar, pertenecientes a la especie *Glycymeris sp.*; igualmente, en este yacimiento han sido también usuales otras como *Cerastoderma edule*, *Acanthocardia tuberculata* y *Venus decusata*.

Por último, los escafópodos son moluscos pequeños de cuerpo alargado, con manto tubular, sobre el que se moldea la concha en forma de colmillo, abierta por los dos extremos. Se ha observado el uso conjunto de piedra trabajada y cuentas de *dentalium* en alguno de los colgantes.

La mayor parte de la malacofauna trabajada formaría parte de colgantes, y en un alto porcentaje se realizaron sobre moluscos bivalvos y gasterópodos. Muchos de estos colgantes se efectuaron con formas naturales enteras, poco o nada modificadas. Para ello, se ha practicado un orificio de suspensión en la parte superior de los moluscos, en la zona del natis (no se puede descartar que en algunos de los casos se haya producido de forma natural por rotura o abrasión). Este tipo de colgantes aparecen en todos los horizontes culturales del neolítico (Pascual-Benito, 1998, 131).

Algunos de los ejemplos más espectaculares de objetos de adorno que se han exhumado en el yacimiento neolítico de Costamar lo constituyen las cuentas discoidales. Destaca en este sentido las 469 cuentas que formarían parte de un collar (Fig. 1, 1), recuperadas en el grupo estratigráfi-

co 66-319, adscrito al neolítico genérico ya que, junto al mismo, únicamente se recuperaron cinco pequeños fragmentos cerámicos informes que no nos han permitido afinar su adscripción a través de la cerámica o la industria lítica. Se trata en todos los casos de cuentas con forma discoidal, con una envergadura inferior a los 10 milímetros y a los 2-3 milímetros de grosor aproximado. Para su elaboración se empleó *dentalium*, al que se le confirió un perfil cilíndrico con bordes ligeramente convergentes, en el que su rasgo dominante es su escasa elaboración y la eliminación de sus extremos distales. El empleo de este molusco como elemento de ornamentación está atestiguado desde el paleolítico superior, documentándose también en todas las fases del neolítico (Pascual-Benito, 1998, 121). Por tanto, la cronología que se establece para estos tipos es amplia, además de tener una difusión geográfica bastante universal (Pascual-Benito, 1998, 118).

Realizado con la misma técnica se presenta un segundo collar (Fig. 1, 2), al que ya hemos aludido con anterioridad, que apareció formando parte del adorno personal que conservaba el inhumado 310-563. En este caso está formado por 860 cuentas discoidales, de menor tamaño que las anteriores (6 milímetros de diámetro); hay que destacar que 379 de las cuentas presentan restos de ocre, lo que creemos se debe a su contacto directo con el cuerpo (las que mejor lo conservan son las que aparecieron dispuestas alrededor del cuello). Junto al collar apareció un colgante, posiblemente realizado sobre una garra de oso (agradecemos la información a Josep Lluís Pascual-Benito).

De otro lado, se han catalogado moluscos bivalvos (pectúnculo) con perforación invasiva en toda la superficie de la valva. Este tipo de objetos han sido clasificados por algunos autores como brazaletes de concha. La mayor parte de los ejemplares recuperados en el Levante se asocian a cronologías avanzadas del neolítico I y neolítico II pleno (Pascual-Benito, 1998, 162-163). La inhumación 310-563 conservaba igualmente 7 brazaletes (Fig. 1, 2) que, como ocurría con el collar, se encuentran impregnados de ocre (véanse las medidas en la tabla de la Fig. 2).

También asociado a la fase inciso-impresa, se recuperó en el grupo estratigráfico 334-587, una agrupación de 26 piezas malacológicas de *Columbella rustica* con perforación realizada sobre el dorso de la última vuelta de la espira y que hemos montado como un brazalete o tobillera (Fig. 1, 3). Una reconstrucción similar se ha seguido para el conjunto de elementos de adorno recuperados en el grupo estratigráfico 260-513 (Fig. 1, 4), en el que se combinan 64 piezas discoidales con 23 colgantes –6 de ellos fragmentados– de forma oval y de sección cóncava, en ocasiones con un ligero abultamiento basal (Pascual-Benito, 1998, 142). Esta estructura fue adscrita al neolítico genérico ya que, a parte de las piezas malacológicas mencionadas, únicamente se recuperó un fragmento cerámico informe. A este respecto hay que destacar que, tanto en este caso, como en el del collar comentado para el grupo estratigráfico 66-319, no se recuperaron más que algunos restos esporádicos de fauna y los escasos fragmentos cerámicos mencionados que podrían formar parte del relleno de tierra que amortiza las estructuras, por lo que ambas piezas de ornamentación personal parecen haber sido arrojadas intencionalmente en el interior de las estructuras; a este respecto, la interpretación de este tipo de actos deposicionales puede estar relacionado con su ocultación voluntaria (Rojo, Kunst, Garrido *et alii*, 2008, 372) o incluso vinculada con actos ceremoniales concretos que conllevan la destrucción de adornos creados ex profeso para determinados rituales sagrados (Noain, 1995, 273).

Junto a la malacofauna, otro grupo de objetos son los que se han realizado empleando material lapídeo. Quizás dentro de esta familia, los que más destacan sean los brazaletes o pulseras. Normalmente, los fragmentos conservados responden perfectamente a los rasgos definitorios que se han delimitado para esta clase de materiales: objetos con diferentes secciones, con una amplia perforación anular que supera los 4 centímetros (Pascual-Benito, 1998, 158). Las partes de brazaletes recuperados en las estructuras 000-227, 000-228 y 230-483 (véanse fotos en CD adjunto), se adscriben a la fase inciso-impresa y se caracterizan por tener una sección rectangular carente de perforaciones (al menos en los fragmentos conservados), con cantos redondeados y una superficie muy pulida. Los ejemplares fabricados en mármol y caliza se documentan durante todo el periodo neolítico (Pascual-Benito, 1998, 161).

Además de estos elementos, que en líneas generales se vinculan a las fases más antiguas del asentamiento de Costamar, hemos de mencionar la presencia de un collar realizado con cuentas de “piedra verde” (Pascual-Benito, 1998, 218), posiblemente variscita o calaita. A falta de un análisis mineralógico, aparentemente todos los atributos que tienen estas piezas se pueden relacionar con

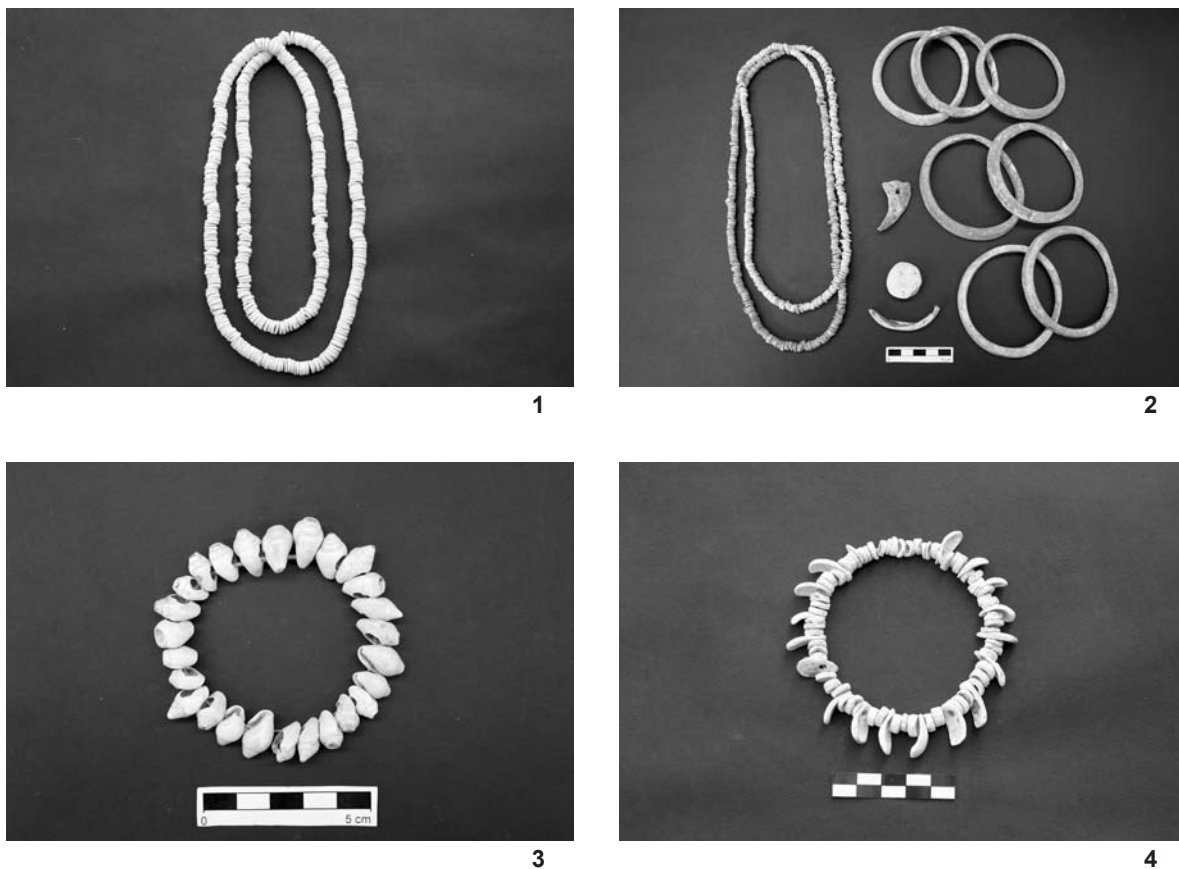


Figura 1.– 1. Collar recuperado en el grupo estratigráfico 66-319. 2. Conjunto de ornamentos personales que acompañaban al inhumado 310-563 de Costamar. 3. Elementos de adorno del grupo estratigráfico 334-587. 4. Brazaletes de cuentas discoidales y ovaes recuperadas en el grupo estratigráfico 260-513.

Código	Diámetro interior	Grosor
C-310-56302-14	7 cm	0,90 cm
C-310-56302-15	7,10 cm	0,90 cm
C-310-56302-16	7,20 cm	0,80 cm
C-310-56302-17	7,30 cm	0,90 cm
C-310-56302-18	7,40 cm	0,90 cm
C-310-56302-19	8 cm	1 cm
C-310-56302-20	8,30 cm	0,80 cm

Figura 2.– Tabla de medidas de los brazaletes de la inhumación 310-563.

los materiales procedentes de las minas neolíticas de Can Tintorer, cuya explotación se produjo al menos desde el IV milenio. Este tipo de piedras, presentan una característica coloración verde en diferentes tonalidades con un acabado mate en la mayor parte de los especímenes. Las 36 cuentas que forman parte de este collar (Lám. XII) reproducen los modelos más característicos que se suelen documentar en estos casos, es decir, cuentas de cuerpo cilíndrico, discoidal y ovoide o en “tonelete”. De igual modo, hay que mencionar que las cuentas de este collar aparecieron asociadas a tres conchas de *dentalium* que hemos usado en su reconstrucción, si bien como es obvio, en todos los casos el montaje de los adornos corporales para su exposición parte de una interpretación subjetiva.

Por último, cabe destacar la presencia de un instrumento fabricado sobre la cornamenta de un cérvido y que hemos interpretado como una hoz (Fig. 3, 1). Se trataría de una herramienta compuesta, con una longitud total de 37 centímetros y que presenta un primer tramo en su parte proximal que cumpliría la función del mango, y un segundo tramo curvado desde cuyo extremo distal arranca un candil que haría las veces de recogedor de las espigas. La particularidad de la herramienta reside en que, en el centro de la cara lateral, presenta una ranura de 2,50 centímetros de longitud por 0,80 de ancho en la zona distal que se estrecha progresivamente hasta los 0,40 centímetros; la ranura presenta un corte biselado y rebajado –al parecer por abrasión– mientras que el otro corte no llegó a ser rebajado; al lado izquierdo de la ranura aparecen igualmente varias incisiones que parecen estar relacionadas con el proceso de fabricación de esta herramienta (Fig. 3, 2). Interpretamos esta ranura como la preparación para el encaje de una lámina de sílex que sería insertada de forma vertical u oblicua en un plano perpendicular al mango y sujeta con resina vegetal, siguiendo el modelo constatado en la pieza 2 del asentamiento lacustre de La Draga, interpretada como “...*una falç o ganivet-falç*.” (Bosch, Chinchilla, Tarrús, 2006, 29; sobre la interpretación del uso de este tipo de herramientas realizada por Gibaja y Palomo, *vid.* 140).



Figura 3.– Vista de la posible hoz neolítica y detalle de la ranura superior en la que se insertaría la hoja.

## PERIODO IBÉRICO

La excavación de la necrópolis en el poblado ibero-romano de Torre La Sal ha proporcionado un buen número de objetos formando parte del ajuar que acompañaba los restos del difunto. La variedad de elementos recuperados es amplia, aunque se pueden clasificar en tres grandes grupos: vasos cerámicos, objetos de adorno personal y armamento perteneciente a la panoplia del guerrero. Tal y como se ha señalado en capítulos anteriores (véase el subapartado “Torre la Sal ibérico: Trama urbana, área sacra y ámbito productivo”), uno de los conjuntos más singulares ha sido el grupo estratigráfico 59 que se exhumó en el sector 10. En esta cremación apareció una urna con tapadera de cierre hermético, en cuyo interior se habían depositado dos fíbulas (incompletas) de La Téne, dos fragmentos de espuelas de bronce y un aro de hierro. Rodeando y pegada al recipiente por el exterior había una falcata, que es posiblemente la pieza de más entidad de las recuperadas en todos los enterramientos (Fig. 4).



Figura 4.– Vistas generales de la falcata y detalles de la decoración mediante damasquinado de plata.

La pieza en cuestión presenta una hoja curva y asimétrica que, desde la empuñadura hasta la punta mide 63 centímetros de longitud; la punta presenta filo dorsal con una longitud de 15,50 centímetros. Desde la empuñadura hasta el inicio del doble filo presenta acanaladuras longitudinales en el extremo opuesto al corte, de anchura variable y parecen presentar una sección en “U”. Las acanaladuras son divergentes junto al mango y convergen hacia la zona central, coincidiendo con el estrechamiento de la hoja, para volver a abrirse en la parte más ancha; finalmente, convergen en un mismo punto a la altura del arranque del doble filo, consiguiendo un efecto estético de mayor realce de la punta, habida cuenta que en algunos puntos de las acanaladuras parece conservar restos de damasquinado de plata (véanse fotos en CD adjunto). La anchura máxima de la hoja es de 6,50 centímetros y la mínima de 4 centímetros.

La empuñadura parece responder al tipo de cabeza de caballo, de 10 centímetros de longitud, y conserva guarda lateral de barra maciza que apoyaría sobre el apéndice la guarda basal. A la guarda se encuentra adherida por corrosión, parte de la embocadura de la vaina (aproximadamente 9 centímetros) junto con 2 anillas de suspensión (con un diámetro interno de 1,80 centímetros). La cartela y el dorso de la empuñadura están decorados con diversos motivos realzados mediante damasquinado (Fig. 4); en el lateral se conserva un motivo de hojas de hiedra enfrentadas, insertas en triángulos y entre dos líneas paralelas; junto a ellas –sin que se haya conservado el damasquinado de plata– se aprecian dos franjas más, una formada por lo que parecen ser dientes de lobo y una tercera, posiblemente formando espirales enlazadas. Éste último motivo se conserva mejor en el dorso, formando un friso de espirales enlazadas enfrentadas y bajo ellas (en dirección hacia la hoja) parecen quedar restos de una doble línea de dientes de lobo y posibles hojas ya sobre el dorso de la hoja de la falcata.

En la bibliografía moderna la hipótesis más común sobre el origen de la falcata ibérica sostiene que ésta deriva de un sable de origen griego. Aunque en ocasiones se han seleccionado determinados textos para explicar el origen de dicha pieza, hay fuentes que apuntan a datos contradictorios que han sido ignorados (Quesada, 1994, 77, 79).

De hecho, una de las dos únicas referencias directas a la falcata como arma empleada en Iberia procede de Estrabón (111, 4,15) quién atribuye su empleo a los iberos, junto con hondas y la jabalina. Ahora bien, el contexto general de la descripción de Estrabón se ajusta más a la Celtiberia que al territorio puramente ibérico, y ello en ciertas situaciones ha causado problemas porque a veces se han introducido en la traducción de Estrabón prejuicios derivados del conocimiento arqueológico de los materiales (Quesada, 1994, 84)).

Siguiendo a Aranegui (1992, 322), si atendemos a la decoración del ejemplar analizado, se observa que las falcatas con decoración de damasquinado de plata son escasas, apareciendo en La Albufereta (Alicante), El Cigarralejo (Murcia), El Cabecico del Tesoro (Murcia), Illora (Granada) y Los Collados de Almedinilla (Córdoba), destacando los ejemplares de la necrópolis de La Serreta de Alcoi (Reig, 2000). La aplicación de decoración en las falcatas es un aspecto exclusivo del armamento documentado en la península Ibérica, sobre todo a partir de la mitad del siglo IV aC (Zevi, 1990, 166-170).

Genéricamente se admite que el uso de la falcata entre los iberos se observa a partir de finales del siglo V aC, encontrándose un claro exponente en la costumbre de depositar la panoplia del guerrero entre las ofrendas funerarias, muy alejada de las prácticas y ritos de los grupos humanos colonizadores que progresivamente fueron influyendo sobre aquéllos (Aranegui, 1992, 323).

La fase más moderna de la necrópolis ibérica, que se enmarca entre fines del siglo II aC y el siglo I aC, también ha proporcionado una interesante colección de objetos, tanto en metal como fauna trabajada, entre los que sobresalen distintos fragmentos de espejo, partes de una cajita de metal (en proceso de restauración), un posible instrumento musical de viento (Marsá, 2008) e inclusive también algún resto de la panoplia (en este caso, una punta de lanza y un regatón). Quizás el elemento mejor conservado de todos los aparecidos en este momento lo constituye una sonda espatulada (*specillum* o *spathomele*). Se trata de un instrumento del que hay abundantes referencias en las fuentes, con unas características más o menos recurrentes (VV. AA., 1990, 338-339; Santapau, 2003, 291). Desde un punto de vista formal, es un largo vástago, usualmente de sección circular, con una terminación en oliva –engrosada– en uno de sus extremos y con una espátula en el opuesto (Fig. 5).

La investigación sostiene que el uso de este instrumento probablemente sería más farmacéutico que quirúrgico, ya que el extremo en oliva podría utilizarse para mezclar los medicamentos y la espátula para aplicarlos en las partes afectadas. Como instrumental médico-quirúrgico funcionaría, principalmente, como depresor para ver la inflamación de garganta, o calentado como cauterizador (Molina, 1981, 256). Aunque, hubo una gran variedad de formas de espátulas, casi todas tienen en común la forma de remo, pudiendo tomar alguna de ellas la forma de pico de pato, o bien la forma lanceolada.

## PERIODO ROMANO

El volumen de materiales que se pueden encuadrar en esta categoría es mucho más reducido en comparación con otros periodos, y de hecho, algunos de los ejemplares que poseemos aparecen en los rellenos de colmatación de silos de la fase andalusí. En concreto, sobresale la presencia –en el grupo estratigráfico 22 del sector 55– de una fíbula en omega de considerable tamaño (Fig. 6). Atendiendo a la función, la fíbula es un objeto metálico cuyo propósito es sujetar las diversas prendas de vestir (Labeaga, 2000,1). Las fíbulas en omega tienen como característica un anillo no cerrado de bronce de sección circular o romboidal que va disminuyendo hacia los extremos, por el que la aguja se mueve libremente en todo su recorrido. Este objeto adopta la forma de omega al doblar sus extremos hacia el exterior, con frecuencia rematando su parte distal con un engrosamiento o botón.

La aguja, un alambre de bronce de sección circular o cuadrangular como en el caso de nuestra pieza, queda engarzada al anillo mediante una abrazadera. La sección de la fíbula es romboidal y presenta una rica decoración incisa a base de pares de líneas oblicuas enfrentadas que crean un

recorrido en zigzag a lo largo de la pieza hasta llegar a los extremos distales, donde las incisiones son verticales y sirven de unión con el cambio de la sección que pasa a ser circular. El engrosamiento distal de los apéndices presenta también un par de incisiones laterales que le dan mayor realce.

Las fíbulas en omega están realizadas tecnológicamente a partir de la fundición de una barra fusiforme que luego es trabajada manualmente a martillo para darle la forma conveniente y definitiva (Labeaga, 2000, 82-83) y su origen es muy discutido. En líneas generales, se admite que bien su existencia es fruto de una invención producida en alguna de las tres zonas donde principalmente aparece (Gran Bretaña, Escandinavia o la península Ibérica) o quizás nace como evolución de un tipo de adorno del Hallstatt final que se documenta en las costas del Adriático con torno al siglo V aC (Fowler, 1960; Labeaga, 2000, 81; Lage, 2001, 29-30; López, 2003, 251).

En cuanto a su cronología, en Hispania se fechan a partir de mediados del siglo II aC, si tenemos en cuenta los ejemplares de Numancia, y tiene su mayor auge en época imperial hasta el bajo imperio (Erice, 1995, 211-216), cuando se encuentra en las necrópolis de la Meseta desde el final del siglo V hasta mediados del VII, perdurando incluso en las necrópolis visigodas. Un ejemplar de este tipo de fíbula se conoce en el yacimiento de Sant Josep (la Vall d'Uixó), perteneciente a la fase tardorromana que puede fecharse en el siglo V (Rosas, 1980; Arasa, 1995).



Figura 5.— Vista de la sonda espatulada que formaba parte del ajuar de la cremación 32.



Figura 6.— Fíbula omega recuperada en un silo de adscripción andalusí.